



## Tenor de la terapéutica<sup>1</sup>

Jorge J. Saurí

*Uno de los tópicos centrales de la praxis psiquiátrica es el relativo a la terapéutica, especialmente cuando esta palabra es objeto de usos y abusos, teniendo especial importancia intentar establecer, lo más precisamente posible, su tenor, o sea, su constitución firme y estable. Partiendo de su etimología, terapéutica designa una actividad de preocupación y cuidados en el contexto del amor y de mantener un determinado orden. El malestar esperanzoso, la demanda y la aceptación la tornan una tarea compartida. Pueden distinguirse en ella dos momentos estructurales: uno constitutivo, con la búsqueda de significaciones compartidas entre terapeuta y paciente y, otro, operativo, con el salmo, el fármaco y el acompañamiento.*

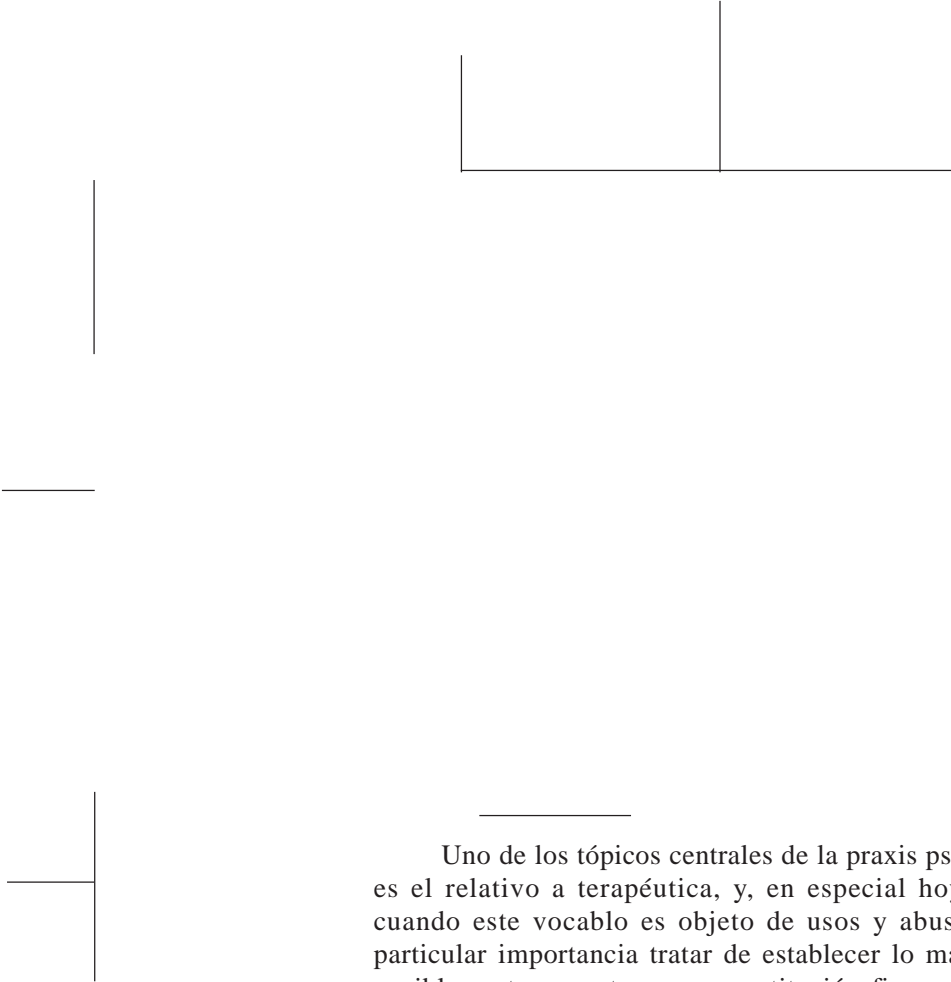
*El salmo evoca la protección amorosa que no actúa en lo somático y, sí, al nivel interpersonal afectado por el daño.*

*El pharmakon abarca por lo menos cuatro significaciones: droga, tintura, escritura y objeto numinoso. Como droga, podemos notar sus virtudes ambivalentes: sí, por un lado, puede luchar contra el mal a favor de la vida, por otro, puede también provocar la muerte. Como tintura modifica la apariencia, haciendo que una cosa parezca otra. Como escritura favorece la recordación, pero incita al olvido. Como objeto numinoso, pharmakos desempeña un papel expiatório.*

*Pero el salmo y la prescripción de un fármaco no son suficientes: para que la terapéutica sea eficaz es necesario que exista el acompañamiento.*

*Son estos, pues, los ejes en torno de los cuales se estructura la terapéutica, transformándola más que en un servicio destinado a la cura, en un camino acompañado de profundamiento de la existencia.*

1. En este estudio retomo y remodelo conceptos desarrollados en otras publicaciones centradas en el tema de la terapéutica. En términos generales remito a mi libro *Persona y personalización*. Buenos Aires, Carlos Lohlé, 1989.



---

Uno de los tópicos centrales de la praxis psiquiátrica es el relativo a terapéutica, y, en especial hoy en día, cuando este vocablo es objeto de usos y abusos, tiene particular importancia tratar de establecer lo más ceñido posible su tenor, esto es su constitución firme y estable. Y para iniciar esta labor, conviene recurrir a los datos proporcionados por la etimología. Las palabras, recordemos, no quedan en vehículos materiales de las significaciones y más allá de esto, henchidas como están de historia, nos remiten a “lo sido”, a las huellas de otras significaciones, y nos empujan hacia lo que “aún-no-es” proponiendo horizontes de desarrollo y compromiso. Todo sucede desde “hoy”, donde hemos de detenernos a escucharlas, y tratar de ahondar en su decir. ¿Qué nos dice, pues, el vocablo terapéutica que, desde sus raíces griegas, invoca una actividad servicial?<sup>2</sup>

2. Recurso bibliográfico ineludible es el enjundioso libro de P. Lain Entralgo, *La curación por la palabra en la antigüedad clásica*. Rev. de Occidente, Madrid, 1958.

---

*Therapeuó* originariamente un término de uso en la praxis religiosa denominó la acción de cuidar a los dioses, velar, atender a su culto y ser su servidor, haciendo lo agradable para ellos y el *therapeutés*, estaba incardinado a esta tarea. Y como en la Antigüedad helénica servir era “estar-sujeto-en-dependencia”, y remitía al ordenamiento de la *physis*, no hemos de extrañarnos que el mismo vocablo se usara para designar los cuidados debidos a los padres y, por extensión a los enfermos, los animales, y al mantenimiento del hogar; designando además, en sentido colectivo, al conjunto de servidores. Con el correr de los años la significación médica y la remisión a una actividad servicial de cuidar de alguien y curarlo fue haciéndose predominante.

El advenimiento del cristianismo cambió el sentido del vocablo, aunque no la significación de lo designado, pues el servicio dejó de concebirse exclusivamente como una relación de subordinación y de cumplimiento, para serlo como expresión de una relación recíproca, cuyo contexto fue el *ordo amoris*, no sólo en aquel del deber a cumplir para mantener un orden establecido. Este cambio radical desveló la orientación trascendente del servicio terapéutico.

Dos otros campos semánticos estuvieron estrechamente conectados a esta área. Uno de ellos, el del vocablo *akesis*, remitió a la curación: *akestas* era lo remediable, *akester* aquello que calmaba el dolor y *akestes*, al práctico quien poseía la habilidad para remediar o calmar lo producido por una enfermedad. La idea central que agrupaba estos términos fue la de reparar algo dañado como lo hacía la *akestria*, es decir, la costurera remendona. Porque su acción era reparadora y curativa, Apolo era llamado *akesios*, Asclepio *akesimbrotos* curaba a los mortales y *akesia* denominaba la cataplasma o emplastro aplicado a las heridas. Pero el vocablo no quedó restringido a lo médico, y se aplicó, en general, a todo lo posible de ser reparado, barcos o calzado y, en el orden moral, hacerlo con las injusticias. Volver las cosas a su estado anterior físico o moral, remendando y recuperando lo dañado fue, pues, la significación básica expresada en esta constelación semántica.

El otro campo, aquél de *iasthaia*, derivado de *iasimos* emparentado al verbo *iaomai*, designó lo curable no ya porque las cosas fueran devueltas a su estado original sino por aplacar, aliviar, atenuar y tranquilizar. La subjetivación del vocablo salta a la vista. Su campo semántico fue por consiguiente más amplio que el de *akesia*, por lo cual Eurípides lo usó para referirse a la ira de Orestes. Con la intención de sedar, técnica y humanamente, el *iatros*, esto es el médico, practicaba la *iaomai*, o acción de estar cuidando para curar la enfermedad. Dando prevalencia a la acción médica, la significación central de esta área fue también la de cura pero con un tono más “técnico” y entre el *akestes* y el *iatros* existió la diferencia que va de la práctica lega a la científica y especulativa.

En el área lingüística latina, más directamente vinculada a la de los idiomas románicos y culturalmente relacionada con la griega, las acciones y comportamientos señalados se dijeron usando los vocablos *cura* y *medior*. La significación relativa al cuidado y preocupación, prevaleció en el primero y se ha mantenido en el castellano, en especial entre los escritores clásicos. También aquí el vocablo designa acciones más allá de la curativa, involucrando el campo administrativo donde nombran el oficio y cargo; el legal, donde mentan al curador y a la curatella, el erótico remitiendo al cuidado del ser amado, y el médico referido al tratamiento. Por su parte *medeor* significó, cuidar en el sentido de asistir de modo reflexivo y pensado, mientras que *medeos*, *mediastio*, *remedium* y *medicus* refirió a modos de curar, actuando más técnicamente.

Terapéutica, nos dice esta breve incuración etimológica, designa una actividad servicial cuidadosa y preocupada legible en el contexto del amor y en el mantenimiento de un determinado ordenamiento.

### 1. Cármides y Sócrates

12

Cambiamos de enfoque y vayamos a un texto, clásico para nuestro tema, que nos servirá de eje referencial en el desarrollo de este estudio.

Al retornar de la batalla de Potidea entre las fuerzas de Atenas y de Corinto, Sócrates concurre al gimnasio de Taureas donde entre asistentes y amigos, encuentra a Querofonte, entusiasta, fogoso y ardiente discípulo y a Critias quien le pide que cure a su sobrino, Cármides, afectado desde la mañana por un intenso dolor de cabeza. En ese mismo momento entra en el gimnasio este bello joven, inteligente y de alta posición social con fama de *sofrón*, es decir de medido y prudente para su edad, causando profunda impresión, y le pregunta a Sócrates si tiene algún remedio para su dolor de cabeza.

Reparemos en dos importantes datos subyacentes en este corto relato. Uno, al parecer banal, es la mención al malestar de Cármides, esto es a su dolor de cabeza. El sobrino de Critias no se siente como habitualmente, está molesto y padece en su ánimo pero espera que Sócrates lo alivie y cure. Su modo de estar en la situación es un malestar-esperanzado. El segundo dato es que hace manifiesto su deseo y expectativa de ser socorrido. Cármides pide ayuda, y este pedido inicia el proceso terapéutico ya que al solicitar un recurso o auxilio para aplacar su mal, se interna en lo que “aún-no-es”, es decir en la posibilidad que funda todo pedido. En otras palabras se arriesga. La terapéutica siempre implica correr un riesgo.

¿Que hizo entonces Sócrates? “Cuando me preguntó si conocía un remedio contra el dolor de cabeza le respondí, no sin cierta incomodidad, que lo conocía.

¿Cuál es ese remedio? me preguntó. Le respondí que era cierta planta, a la cual le agregaba un cierto ensalmo (*epódè*) y que ésto unido al remedio lo hace infalible, pero que no operaba sin lo primero” (Cárm. 155,e). Ante la solicitud de Cármides, Sócrates, quien no estaba obligado a actuar, se siente incómodo pero vencido atiende al pedido, y ofrece un modo de concretar la *therapeia*, indicando sus pasos; primero la *epódè*, luego el *pharmakon*. Malestar-esperanzado, petición y aceptación, hacen de ella una tarea servicial compartida.

A continuación en un delicioso aunque corto diálogo, el joven estrecha vínculos con el filósofo, le habla de sí mismo y Sócrates, teniendo en cuenta que su “paciente” es *sofrón*, le explicita mejor la actividad a desarrollar. Llegados a este punto de nuestra lectura es posible distinguir en esa totalidad sistémica la concurrencia solidaria de dos diferentes momentos estructurales: uno constitutivo, y otro operativo. ¿Cuáles son sus características?

## 2. Momento constitutivo

El malestar esperanzado, el pedido y la respuesta apropiada, notas de la labor terapéutica, convergen en la configuración de un momento estructural en el cual es posible diferenciar una “posibilidad terapéutica”, y una “búsqueda de significancias compartidas”.

### *Posibilidad terapéutica*

¿Qué propuso Sócrates a Cármides? La planta que iba a utilizar, le advirtió, no era efectiva sola, ni tampoco lo era la *epódè* pues no bastaba ni lo natural, ni lo convencional. “Sabes sin duda que los buenos médicos (*iatros*) cuando un enfermo viene a ellos por un mal de los ojos dicen que no se pueden tratar los ojos aisladamente, que es necesario cuidar la cabeza para curar los ojos y que pretender curar la cabeza independientemente de todo el cuerpo es absurdo”; más aún, “si los ojos no se pueden curar independientemente de la cabeza, ni la cabeza del cuerpo, este cuerpo no puede hacerlo sin curar el alma (*psyché*) cuyo remedio es la *epódè*”. (Cárm. 156 b-e). En otras palabras, al responder con benevolencia al pedido del joven Sócrates, ubicó su acción en el contexto de la *philia*, afabilidad amorosa indispensable para la realización de la tarea terapéutica. Este hecho, esencial para el desarrollo de aquella a realizar, vertebra su sentido.

¿Cómo operó el filósofo? El encuentro entre paciente y terapeuta, entre Cármides y Sócrates, supone la estructuración de un campo interpersonal actual en cuya construcción participan el pedido del asistido y la respuesta servicial y “cuidadosa” de quien lo asiste. El paciente acude porque “está mal”, y desea curar de ese estado – pongamos entre paréntesis la autenticidad o no de su deseo –, y

si estas condiciones faltan, como suele suceder cuando “traen” al paciente o este viene “por compromiso”, es imposible concretar esta vinculación. Esta petición y la respuesta apropiada a ella, notas apodícticas del momento de posibilidad terapéutica que involucran a los protagonistas y a la situación, tienen numerosas versiones modales según las circunstancias.

En un estudio anterior señalé que el deseo, fenómeno constitutivo de la personalización ligado a las pulsiones, se construye en cuatro momentos estructurales (apetitivo, inquisitivo, petitivo y satisfactorio).<sup>3</sup> Pues bien, el petitivo, dominante en la presentificación del deseo de curación, implica la búsqueda “fuera” de sí mismo, y la apertura a lo diferente concretada en el anudamiento de un vínculo terapéutico, condicional y temporalmente pautado. Esto es riesgoso porque pedir implica autorizar al Otro – a Sócrates en el caso que estudiamos – a conocer lo que sucede en un acto donde el peticionante queda referido a quien concede.<sup>4</sup> El pedido, fenómeno dirigido “hacia”, ordena y dirige las posibles estrategias de comportamiento en una orientación pasible de revertirse, y hacerse “pedido-de-cuentas”. Por este motivo la petición terapéutica implica un complejo plexo de fenómenos donde la renuncia – renuncia a imponer mi punto de vista terapéutico sin escuchar al Otro –, y la gratitud ante la respuesta que puedan darme, ocupan un lugar prevalente. La terapia no es un trayecto de sentido único a recorrer por el “paciente” ya que; el “curador” ha de atenderlo y “leer” la posibilidad de actuar para informarse y evaluar lo que sucede. Y si bien no siempre lo solicitado es lo deseado, cuidar *del paciente* implica asumir una actitud pragmática de sostén y apuntalamiento. La eficacia cultural o personal para paliar o borrar los signos registrados es un primer escalón en el cual suelen detenerse las “técnicas” cuyo propósito es “adaptar” a las situaciones vividas. Esto no las invalida pero marca sus límites.

### ***Búsqueda de significaciones compartidas***

Más allá de su eficacia operativa situacional, la tarea terapéutica al ajustar más los vínculos profundiza en la “búsqueda de significaciones compartidas”. Sócrates averigua quién sería su paciente, su capacidad y trata de lograr un modo de discurrir – desvelación, descodificación y ordenamiento del decir del malestar esperanzado – donde trasparenca lo no manifiesto. Tras el decir inmediato de los síntomas, existe siempre un “más-decir” captable por la Escucha, y cuando se lo descubre se inicia el recorrido de un sendero que, ahondando, conduce al cambio. Esto implica la aparición de niveles estructurales de carácter interpersonal

3. J. J. Saurí. *Persona y personalización*. Buenos Aires, Carlos Lohle, 1989, pp. 43 e sg.

4. C. J. Cela. *Viaje a la Alcarria*. Barcelona. R.B.A., 1995, p. 24.

y participativo más complejos. Pero, tengámoslo claro, no se trata sólo de hacer una labor hermenéutica interpretando contenidos inconscientes – tarea indispensable – sino de ir allende porque el “más-decir” surge con el trabajo mayéutico. Este quehacer integra terapeuta y paciente en una “pareja de significaciones compartidas” uno de cuyos objetivos es hacer nacerlas. No basta la exploración de lo inconsciente, ni tampoco de ir más allá de la vocalización del decir, no alcanza a llegar al orden de los regímenes de funcionamiento de la persona, ni tampoco al de la estructura del lenguaje. La mayéutica interroga al mundo-de-la-vida.

“Y de mi nombre ¿cómo es que estás enterado? pregunta Sócrates. Y Cármenes le responde, respetuosamente “Si no lo supiera, ofendería” (156 a). Estamos aquí en un punto nodal. Para vincularse, terapeuta y paciente necesitan saber con quién han de habérselas, y esto sólo puede darse si los protagonistas se abren uno al otro en reciprocidad. Esta apertura en reciprocidad marca el inicio de un vínculo – transferencia y contratransferencia, dirá el psicoanálisis – a cultivar, desarrollar, y cuidar que, para ser asistencial, necesita hacerse servicial. Por su parte asistir, *ad-sistere*, estar al lado, detenerse y demorarse en lo asistido, comienza una acción, e impele a ponerse en movimiento para hacer algo a favor de alguien. Y esto requiere del terapeuta poner entre paréntesis su proyecto personal en favor de quien pide asistencia. Este modo de actuar, arduo, poblado de tentaciones y peligros, puede, si no somos cautos, virar hacia lo mórbido, y tomarse relación de dependencia cuando, pasando por sobre el mutuo respeto, el terapeuta impone, repito, un modo exclusivo, y excluyente de concebir la realidad. Mas cuando, unidos, los protagonistas de la labor terapéutica se preguntan por la significación de lo vivido, no importa tanto el procedimiento, ni conocer el *cursus morbi*, como reconocer los momentos cruciales que identifican y ayudan a reconocer la propia historia y proyectos vitales. Este tiempo, biográfico no cronológico, participa del entretejido de la intimidad donde se conectan las relaciones entre persona y situación. A más de esperanzado e íntimo el “campo de significaciones compartidas” donde se amasan los vínculos de cuya elaboración surge el sentido es biográfico y social.

### 3. Momento operativo

Este vasto y complejo proceso que venimos estudiando se asienta constitutivamente, recordemos, en el trípode malestar esperanzado, pedido y respuesta apropiada; pero esto es sólo un aspecto del tema y para profundizar en el tenor de la tarea terapéutica es necesario preguntarse también por su momento operativo. Tres son las mediaciones más destacadas: el ensalmo, el fármaco y el acompañamiento. ¿Cuáles son sus caracteres más importantes?

a) *El ensalmo y la nana*

*La terapéutica del alma... son ciertos ensalmos consistentes en bellos discursos que trace nacer en ella la sensatez.*

(Cárm. 157 a)

El vocablo *epódè*, compuesto con la preposición *epi* y el término *óde* designó la palabra cantada. Las lenguas románicas ibéricas compusieron del mismo modo su traducción, ensalmo para remitir al canto salmodiado, es decir a una manera de recitación que se dice repetitivamente, un poco al modo del canto llano gregoriano en un tono único con cadencia lenta canturreando a media voz. Estas características hacen que para ser escuchado necesite un ambiente medido, ni estridente, ni callado, donde se puede percibir el arrullo. El ensalmo evoca la protección amorosa y cálida del canto para sedar y dormir al niño lograda mediante la articulación armónica de palabras y sonidos.

Consideremos uno de los tantos contruidos por la facundia popular.

Sana, sana, culito de rana  
si no sana troy, sanará mañana.

16

Un párvulo tropieza, cae, se golpea, su madre acariciando la zona dañada le canturrea estos versos y al escucharlos el niño se calma. Esto no implica que la lastimadura haya curado físicamente. Lo somático no es el campo operativo del ensalmo sino el de tensa relación engendradora por el golpe, esto es el nivel interpersonal afectado por el daño. El “sana, sana” no es un discurso deductivo, en él no existe secuencia lógica entre las palabras, ni un nexo causal con el efecto que se espera de ellas pero tampoco tiene una acción mágica. El ensalmo terapéutico se dirige a la persona no al resultado práctico y tiene índole paliativa, no resolutive.

Otra “nana”, esta vez de García Lorca, destaca mejor estas características.

Nana, niño, nana, del caballo negro  
que no quiso el agua.  
El agua era oscura  
dentro de las ramas.

Entre el niño, el caballo, la oscuridad y las ramas no existe relación de causa-efecto pero tampoco incoherencia porque el ensalmo se dirige a lo vivencial, a lo poético y a lo bello. Los *epódai* son “bellos discursos”, *kaloí logoi* dice Sócrates, donde convergen decir y cantar.

El efecto de la unión de estas palabras, no necesariamente significativas, atrae y cautiva. La nana del caballo negro encanta más allá de lo mentado, el ser humano, el cuadrúpedo y el líquido, y remite al “dentro de” el vínculo establecido,



lugar inalcanzable para el *logos* deductivo. La mera relación con alguien podrá, si crece, llegar a ser un vínculo, es decir el anudamiento de un nexo recíproco; el “ensalmo” también une y lo hace “en-cantando”, haciendo surgir dentro de cada partícipe las ocultas melodías y acentos que aguardan su hora en el hondón de nuestras vidas. Su belleza, el *kalos*, refiere a un orden anterior al *logos* y al silogismo uncido al discurso verbal porque la capacidad encantadora lleva, arrebatada y transporta – *metaphorein* – a un nivel existencial fundacional donde anida la esperanza. Y si la terapéutica necesita de los ensalmos es porque al actuar en el modo de “estar” en las diversas situaciones vividas, permeabilizan y facilitan transitar del malestar al bienestar. Ciertamente la *epódè* no basta, pero seda porque restablece, al menos en parte, la armonía desaparecida. La belleza, los discursos bellos “en-cantan”, “meten dentro” del canto, en “lugares” ordenados de modos diferentes a los del mundo científico natural. “Y por este motivo cuando el espíritu de Dios atacaba a Saúl, David tomaba la cítara y tocaba. Saúl se calmaba y se sentía aliviado, y el mal espíritu se retiraba de él” (Sam. 16,23).

Es armonizando, combinando cadencias y acentos gratos a escuchar, que el ensalmo “mete dentro”, y reordena lo desordenado en un nivel diferente al dañado físicamente. Por este motivo no necesita cuajar en palabras del lenguaje habitual porque participa de un vocabulario situacional y personal convencionalmente in-significativo. Pero tras él late un peligro: al captar la atención, centrándolo en él, favorece ensimismarse en lo imaginario donde las fauces de la idealización narcisista y grandiosa pueden “tragarse” lo terapéutico.

A esta altura de nuestro estudio conviene marcar algunas diferencias con dos fenómenos con los cuales suele confundirse. Ensalmo no es conjuro pues mientras opera en el nivel de la belleza, el segundo, imprecación o invocación, actúa o intenta hacerlo en lo invocado. Por otra parte el ensalmo brinda, ofrece, da, pero el conjuro apremia exige, manda imperiosamente y ejerce un poder imaginario concretado en fantasías todopoderosas. En otras palabras que el ensalmo ritma el tiempo íntimo de modo armónico mediante el uso de una retórica persuasiva, el conjuro recurre a un discurso imperativo, y busca su realización en el momento mismo de enunciarse.

Tampoco ensalmo es sinónimo de hechizo porque no trata de instalarse dentro del encantado arrebatándole su libertad, ni sustituyendo su deseo. Y esto lo descarta como fenómeno especular, o partícipe de una posición narcisista porque, en él, es esencial la reciprocidad. El hechizo tiene carácter individual y el ensalmo es de índole social, su acción no es *eo ipso*, y va del “sido” al “será” recorriendo un trayecto que, cuando de terapéutica se trata, es de sanación.

Así pues ensalmo y encanto, procesos no actos, mediatizan una promesa, y una espera pues algo va a darse, introduciendo en la esfera del “será”, aunque

sin garantizar su cumplimiento. Esto no descarta su direccionalidad: los ensalmos, discursos bellos dirigidos a despertar la sensatez, no dispensan del esfuerzo de recorrer un camino de búsqueda compartida en el respeto mutuo en el contexto de la libertad. Tal tarea no es de cumplimiento espontáneo y la *epódè* suscita “ocuparse-de-lo-suyo”; “suyo” que, más allá del paciente, o del terapeuta, remite al de la pareja terapéutica.

“*Ocuparse-de-lo-suyo*”

El vocablo *sofròsine* tuvo para los griegos diversas significaciones: prudencia, moderación, previsión, sensatez, templanza, autodominio, y los romanos lo tradujeron por *temperantia* – templanza en castellano – para referirse a un ordenamiento personal interior que, sin implicar egoísmo, remitió a “ocuparse-de-lo-suyo”, actividad irrealizable sin la activa participación del Otro pero tampoco sin moderación, ni ordenamiento de sí mismo.

Ocupar es, en efecto, tomar posesión de algo: un ejército ocupa una ciudad, ocupamos un lugar; desempeña un papel quien “se ocupa” de medicina, de leyes etc. Con el mismo vocablo designamos también el hecho físico de habitar una casa – ocupamos un departamento, por ejemplo – y nos ocupamos de reflexionar acerca de algo, de publicar un libro, de realizar una tarea, de preparar un viaje. La voz reflexiva de este verbo aplica todas estas significaciones a sí mismo, y en esta significación, “ocuparse-de-lo-suyo” es lo recomendado a quien está constantemente disperso, lleno de ruidos que le impiden escucharse, trascurriendo por la vida en mero espectador. Por su parte “lo suyo” remite a las condiciones de lo solicitado por la situación vivida, y en esta acepción es “lo que corresponde” a mi condición. “Saber de lo suyo” – no meramente conocer – permite pues sopesar si podemos o no dar una respuesta adecuada a la pregunta planteada por la realidad. Este proceso supone, por lo tanto, una constante crítica de los supuestos básicos con los cuales construimos nuestro comportamiento, y remite a la “esfera de lo propio”, a lo que soy y a lo que puedo ser. Y si lo “de suyo” es lo más propio que me caracteriza de modo cabal y certero, pues, en tanto nota de la existencia, me pertenece naturalmente, “ocuparse-de-lo-suyo” supone estar atento a sí mismo para proceder apropiadamente en cada situación de modo ubicado, y en el momento oportuno. Pero el “mal-estar” apartó a Cármenes de “lo suyo”, y para restablecer lo trastornado, Sócrates, ensalmo mediante exploró su *sofròsine* para que cayera en la cuenta de lo que sucedía, era y podía ser. Y a esta operación añadió la de un *pharmakon*. ¿Qué implicó ésto?

**b) Pharmakon**

*En este caso diría, creo yo, que el individuo en cuestión está loco, y que por haber leído de estas cuestiones en algún libro o haber usado de algún fármaco, cree haberse hecho médico aunque no entienda nada de este arte.*

(Fedro, 268, c)

Para curar el dolor de cabeza de Cármides, repito, Sócrates usó sucesivamente la *epòdè* y un *pharmakon*. Consideremos este último punto porque la palabra *pharmakon* cuyo origen es incierto, si bien algunos lingüistas la vinculan a *pharma*, golpe, abarca no menos de cuatro significaciones: droga, tintura, escritura y objeto numinoso.

*Primera acepción: droga*

En su primera acepción, *pharmakos*, designó a la droga, de modo genérico, y los productos médicos naturales. Con esta significación aparece este vocablo en la *lliada* cuando Agamenón dice a su hermano Menelao, herido por una flecha: que “un médico explorará tu herida y te aplicará drogas (*pharmax*) que calmarán tus tremendos dolores” (II. IV, 191). Pero si bien el fármaco era una sustancia capaz de aplacar y, según lo confirman otros pasajes de la obra homérica, útil para curar enfermedades; tenía una acción incierta, poco fiable, y cuando se lo usaba en dosis inconvenientes, esto es cuando se lo utilizaba sin conocimiento de sus propiedades, podía dañar. Su virtud ambivalente hacía que si bien luchaba contra el mal en favor de la vida, podía también provocar la muerte. Esta acción incierta, benéfica o maléfica, curativa o mortal favoreció en quien lo administraba o recibía, el desarrollo de un imaginario sustancial suscitando un mundo de fantasías ocultas capaces de hechizar – *pharmakeus* era el nombre dado al mago – motivando adhesiones, rechazos y entusiasmos acrílicos. Esta nota no ha perdido vigencia y, en nuestros días ciertas drogas pueden actuar como veneno cuando son mal prescritas o usadas. Allende sus propiedades naturales el fármaco es una sustancia que sirve de asidero para tejer ilusiones y fantasías personales y socioculturales capaces de extender sus poderes más allá de sus capacidades materiales. Su ambiguo carácter efectivo, puede ser medicamento o veneno, y su difusa diferenciación lo hace ser a la vez objeto imaginario y deductivo. Recordemos, por ejemplo, el uso psiquiátrico de las raíces del eléboro.

Dicotiledónea perteneciente al género de las ranúnculas, esta planta tiene una raíz de olor fétido que, pulverizada y mezclada con un líquido, los galenos de la Antigüedad y la Edad Media daban a beber a los pacientes afectados de locura. Sus efectos evacuantes producían intensas diarreas, vómitos, y, a veces,

fuertes estornudos, es decir sacaban “algo” de dentro por lo cual durante siglos se la administró como *pharmakon* específico purgar el humor melancólico. Culturalmente, el renombre de sus efectos catárticos se apoyó en el relato mítico que narraba como los hijos de Proetos, rey de Tirinto, enloquecidos por una venganza de Hera, la esposa de Zeus, habían sido curados por el adivino Melampus quien los hizo beber la leche de sus cabras mezclada con eléboro. Mas este fármaco no era inocuo: los vómitos extenuantes, y las diarreas intensas provocadoras de una fuerte deshidratación, ponían en inminente peligro la vida del paciente. Pese a ello se lo utilizó largamente porque su uso estaba respaldado en la reputación que le acordaba por la urdimbre creencial vigente ya que, según se admitía, purgaba los humores lentos y espesos de la locura. La acción del fármaco depende, claro está, de sus virtudes pero también de la aceptación, valoración y fama sociocultural. Bien o mal, el eléboro introducía una diferencia en la enfermedad, disponiendo y reordenando el “dentro” del paciente en una orientación positiva o negativa. El *pharmakon*, sustancia del “fuera” modifica el “interior”, e introduce una diferenciación y modifica la situación mórbida.

*Segunda acepción: tintura*

Uno de los modos para modificar el aspecto de algo es su teñido, que le presta un aspecto diferente. Tengo una tela blanca y puedo trasformarla en roja si la sumerjo en el colorante apropiado según lo prescriben las normas y esta variación de su natural surge de la aplicación del *pharmakon*, simple o compuesto. “Para obtener el parecido, le dice Sócrates a Hermógenes en el Cratilo, los pintores ponen a veces una simple tintura (*pharmakon*), púrpura, a veces otro color; otras veces mezclan varios como cuando manda buscar un tono carne u otro del mismo género...” (Crat. 424,d) El *pharmakon* modifica no sólo el “dentro” sino también las apariencias pues tiene una suerte de eficacia mágica útil para hacer que algo se parezca a otra cosa. Y esta virtud hizo que se usara este vocablo para designar la sustancia usada para unjar el cuerpo con aceite aromatizado, para perfumar, para aromatizar los alimentos y, también para templar el hierro dándole la elasticidad y dureza necesarias. Fármaco designaba, en esta acepción, la sustancia modificadora de lo natural, introductora de caracteres suplementarios. Droga y tintura tenían en común su capacidad para cambiar algo desde “fuera”.

*Tercera acepción: escritura*

Las páginas finales del *Fedro*, donde Platón narra el mito de Thot, dios egipcio descubridor de la escritura y del cálculo, de la geometría y de la astronomía, del juego de damas y de los dados traen una tercera e importante acepción del vocablo. En este texto cuenta el filósofo que, al presentar sus descubrimientos al rey Theuth, Thot le dijo, refiriéndose a la escritura, “este

conocimiento, rey, hace más sabios a los egipcios y aumentará su sabiduría y la memoria pues se ha inventado como remedio para la sabiduría y la memoria” (*Fedro*, 247 e). Y a este remedio lo llama *sophias pharmakon* locución que remite también a un cambio pero diferente al de droga y tintura.

Recordemos para ubicar este trozo en su contexto que para Sócrates el discurso hablado era el adecuado para lograr la sabiduría por lo cual dió a su enseñanza un modo oral, vecino al poético, y nunca totalmente preciso como el matemático. Mas si bien esto ubica el decir en un horizonte más amplio, también lo hace pasible de pérdida o deformación en su trasmisión. Ciertamente – la memoria es débil – y para conservar lo dicho los hombres recurren a grabarlo pues la escritura es un instrumento apto para evitar estos eventuales peligros. Sin embargo proceder así modifica lo dicho porque lo inscripto nunca es igual a lo oral ni el discurso literario reproduce el coloquial. El *sophias pharmakon* ayuda y garantiza el mantenimiento de lo dicho pero también, dada la condición humana, “este invento dará origen en las almas de quienes lo aprendan al olvido, por descuido del cultivo de la memoria ya que los hombres, por culpa de su confianza en la escritura (*pharmakon*) serán traídos, el recuerdo desde fuera, por unos caracteres ajenos a ellos, por descuido del cultivo de la memoria” (*Fedro* 275a). A la modificación operada por la droga o la tintura en tanto sustancias que vehiculizan e introducen un cambio, debe agregársele la que hace del discurso oral un texto. Mas como no hay bien sin mal esta apertura de nuevos horizontes a la sabiduría, se paga con el olvido. También en esta acepción la ambigüedad siguió en pie: la droga curaba y mataba, la tintura hacía que algo pareciera nuevo y ocultaba, la escritura favorecía el recuerdo e incitaba al olvido. Y en todos estos casos era por acción de algo que provenía “de fuera”. Cambio ambiguo por acción de algo de “fuera” benéfico o nocivo eran las características propias al *pharmakon*.

#### *Cuarta acepción: objeto numinoso*

Una última acepción del vocablo remitió lo numinoso, noción también ambigua, y más específicamente, a lo mágico. Durante las fiestas Targelias o cuando en la ciudad había ocurrido algún desastre, los atenienses practicaban un rito expiatorio cargando a dos *pharmakoi* de los males, uno por las mujeres, y otro por los hombres – que eran expulsados de la ciudad, y fustigados tan salvajemente en los genitales que, a menudo, morían. Tales personajes, individuos deteriorados o deformados, quienes habían sido previamente alimentados y cuidados por la *polis* para destruirlos en el momento necesario, jugaban un papel marginal y ambiguo, así como lo era la zona de la ciudad donde cumplía su destino. Ubicado entre el “fuera” y el “dentro” el *pharmakos* cargaba con las culpas ciudadanas, desempeñando un rol expiatorio. Mas la expiación si bien purifica y equilibra, no perdona.

La noción de *pharmakon* reúne pues en un contexto de ambigüedad, las modificaciones introducidas desde “fuera” para cambiar algo de “dentro” y remite al nexo entre la credulidad y la confianza, entre lo cierto y lo incierto, lo preciso y lo impreciso, lo escrito y la memoria.

### c) *Acompañamiento*

El tercer momento operativo de la tarea terapéutica, el acompañamiento, fenómeno solidaria y sistemáticamente unido al epódico y al farmacéutico, tiene caracteres propios. En efecto, no basta el ensalmo y la prescripción de un fármaco; para que la terapéutica sea eficaz es menester acompañar a quien la necesita pues de estar ausente no puede llevarse a cabo este quehacer. Curación es una meta; terapéutica, recordemos, un servicio. ¿Qué quiere decir esto?

La significación de un vocablo no es constante, cambia con la historia, y con el uso que hacemos de él. Y si bien desde de Saussure conocemos su estructura, la participación del significante y del significado, la diferencia que toda palabra marca mantiene siempre un carácter temporal. Un término tiene una historia, y buceando en ella podemos descubrir su significación primigenia. Un vocablo dice algo, y cuando ahondamos en este decir, descubrimos significancias primarias encubiertas presentes en su uso, que sinónimos y antónimos delimitan con mayor precisión pues incluso los términos técnicos nunca dejan de tener connotaciones imaginarias que colorean y matizan su significaciones. El decir de un vocablo, asunto humano no sólo lingüístico, denota, connota y participa, del encuentro entre personas. ¿Que nos dice el vocablo compañero del cual deriva acompañamiento?

### *Compañero*

Señalemos algunos hitos históricos. En los primeros tiempos de la República Romana, los ciudadanos que se unían para defender la ciudad, o para atacar a otras eran llamados *conturbanalis*, vocablo compuesto derivado de *taberna*, tienda o lugar para habitar, que nombraba a quienes compartían un mismo techo ciudadano, y se agrupaban ocasionalmente con fines guerreros. Esta alusión a la lucha con algo oponente, nunca ha desaparecido del término. Pasado los años y luego de las sangrientas luchas fratricidas, Augusto profesionalizó el ejército dando pie a la división de los ciudadanos entre militares y civiles lo cual hizo cambiar las expectativas de los enrolados. La necesidad de luchar para expandir el imperio, y proteger sus fronteras, popularizó la idea que el legionario debía mantenerse en buen estado físico para cumplir con su tarea y conservar el lugar que habitaba. Sin embargo el *castrum* no siempre brindaba posibilidades de arraigo, y para hombres que deambulaban por diferentes regiones – las legiones eran llevadas

desde el Danubio a las montañas de Armenia o de los desiertos africanos al frío norte europeo – la supervivencia implicaba conseguir y mantener una suficiente alimentación. Y fue en esta situación que *cumpanis*, vocablo también compuesto, denominó entonces a quienes en pequeños grupos, compartían sus vituallas, es decir su pan.

El uso de esta denominación marcó el traslado de las expectativas sociales, pues si bien una cosa era unirse para defender la taberna, otra era participar del mismo alimento. En ambos casos el uso del prefijo *cum* en la construcción del vocablo remitió a la unión, pero sus connotaciones fueron diferentes y *contubernalis* pasó a nombrar la cohabitación ilícita, *contubernis*, e incluso la confabulación. En el contexto legal el vocablo designó una situación infractora; mientras que *cumpanis* acentuó la idea de lealtad y observancia de las normas grupales. Mas no se era tal espontáneamente, o por accidente; el ingreso al grupo requería su admisión en él, y la iniciación en sus hábitos. La alusión del vocablo a un grupo privilegiado predominó durante el Medievo, y en la organización de los gremios y guildas los aprendices aspiraban a ser “compañeros” jerárquicamente ubicados por debajo de los “maestros”. Esta significación persiste entre obreros y hombres de armas.

La idea de “compañero” remite pues a un modo de pertenencia grupal que exige lealtad para compartir el poder societario. Los compañeros son miembros de un grupo de pertenencia donde dominó la solidaridad y la remisión de unos a otros, porque “están-con” trabajando hombro con hombro para crear y mantener un conjunto.

En la lengua castellana aparecen las mismas significaciones, y los términos *compañía*, *compañ*, *compañón* y *compañerismo*, designan diversas versiones de “estar-con” el Otro en una presencia – material o ideal – no necesariamente directa ni inmediata. Así, por ejemplo, una *compañía* de teatro nombra un conjunto de actores solidariamente unidos entre sí por su profesión y su función, así sea transitoria. La *compañía*, – el grupo – el *compañero* – la persona – y la *campaña* – la acción o actividad – se relacionan en virtud de finalidades derivadas de vínculos de “compañerismo”, donde se juega la capacidad personal de anudar un nexo con un Tercero. Y esto supone aceptar normas y prescripciones propias del grupo que, por contrapartida, otorga una identidad situacional. El vínculo de *compañerismo* es igualitario, y sin rechazar jerarquías o particularizaciones, promueve el surgimiento de “posiciones” reguladoras de las estrategias de los comportamientos interpersonales.

Por su parte el verbo *acompañar* designa una operación orientada “hacia” un fin determinado. Si el recurso a la *epòdè* y el *pharmakon* eran “para”, el acompañamiento lo es “con” y “hacia”. También aquí nos ayudará recurrir a la historia del vocablo. En efecto, durante el Imperio, cuando el soberano se



trasladaba lo hacía junto con un *comes*, o compañero de camino. El *cumpanis* convivía con sus compañeros, pero el *comes* estaba siempre en marcha con quien no era socialmente su igual; mas como muchas veces se lo comisionaba para realizar alguna tarea administrativa, pasó a llamarse *comites* acentuando la idea de ser un comisionado. Pasados los años y durante el Medievo, los *condes* fueron, en consecuencia, los funcionarios a cargo de la administración civil de un territorio. Y si el poder del compañero emanaba del *communis*, es decir del conjunto de quienes tenían *munra* en común, deberes, cargas y responsabilidades, el del *comites* quien debía respeto a la institución, a la dependencia del superior, surgía del hecho de hacer juntos un camino. Esta significancia ha pasado a los idiomas romances, y en castellano acompañar designa, a la vez, una actividad social ordenada jerárquicamente, y una subordinación. Pero, no olvidemos, el área semántica integrada por: acompañar, acompañamiento, acompañante, acompañador, acompañado, remite a un movimiento orientado “hacia” al que el acompañante está obligado por y desde su pertenencia. Ser acompañante es asumir una identidad fluyente y transeúnte pues su operación fenómeno que se trace “con”, arranca de un “desde”, se dirige “hacia”, y se mantiene “haste” que se llega a puerto o se abandona el andar.

*“Caminar-con-Otro”*

*Los viajeros casados, cuando se echan a andar,  
 tienen siempre, a última hora, una persona que les  
 calienta el desayuno, que les da conversación  
 mientras se afeitan a la estremecida  
 luz eléctrica de la mañana.<sup>5</sup>*

En un conocido relato evangélico encontramos estos caracteres de cuidado y asistencia del acompañamiento terapéutico. “Ese mismo día”, dice la narración, “dos discípulos iban de camino a un pueblecito llamado Emaús, a unos treinta kilómetros de Jerusalén conversando de todo lo que había pasado... y mientras estaban conversando y discutían, Jesús, en persona, se les acercó, y se puso a conversar con ellos”. (Luc. 24,13). Evoquemos la escena: dos seguidores de Cristo vuelven a su pueblo – tan pequeño, y pobre que Marcos lo designa como el “poblado” – frustrados, y desilusionados, charlando acerca de lo sucedido, y encuentran un viajero, quien los acompaña.

El imaginario del acompañamiento que suscita el trayecto hecho con el compañero de camino, y la participación en el recorrido de un sendero conducente hacia algún lado, remite a la andadura pues, quien acompaña, anda

5. C. J. Cela. Op. cit., p. 24.



con el Otro y acepta su dependencia de él. Esta subordinación, de complementación no de dominio, hilada en la actividad motora, imaginaria o discursiva remite a un modo de hacer un recorrido. “Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar...”, decía Manrique: la andadura no es vuelta atrás; lo recorrido queda recorrido, y hacer camino significa que esta actividad puede tener diversas orientaciones. El camino es andadura, no ruta recorrida y al hacerlo

... voy soñando caminos  
de la tarde; las colinas  
doradas, los verdes pinos.  
las polvorientas encinas!  
¿Adonde el camino va?”<sup>6</sup>

Caminar, fuente del acompañar, suscita preguntas sin recurrir al discurso. Quizá Machado no lo supiera, pero Benveniste hace notar que el nombre indoeuropeo de la encina, en griego *drus* remite a la fidelidad y firmeza que es lo esperado de quien acompaña sin sometimiento.<sup>7</sup> Se acompaña andando caminos que se cruzan con otros, originan plexos, encrucijadas y plantean opciones “desde”, “hacia” y “hasta”. A más de andadura, el camino es pasaje y tránsito.

Pese a su apariencia *communis* no fue palabra latina sino celta proveniente de *camín* que remitía al hecho de dar pasos. Y cuando estos pasos los damos acompañados podemos com-prender, agarrar algo juntos, examinarlo y descubrir el sentido de lo que se hace porque el camino se lleva, “entre espalda y corazón”.<sup>8</sup> Andar es ciertamente duro, y cuando es largo pone a prueba la pareja terapéutica pero también origina etapas, momentos de quietud, de descanso donde se reconsidera lo andado, se valora el esfuerzo y se pregunta si la marcha debe proseguir. Y, como lo hace un río, la andadura entra en un remanso donde nacen imaginerías de logros y esperanzas. La etapa es lugar de balance y de reenganche en promesas concretas en el contexto de una respetuosa libertad recíproca.

*Sostén*

El acompañamiento es también apoyo, arrimo, recostadura confiable que junta acompañante con acompañado en continuidad y sostén; pero además es protección pues puebla la soledad, y reasegura ante el miedo al abandono. ¿Puede acompañar el recuerdo de una presencia pasada o lo hace la espera de una nueva? Lo pasado, lo que fue, lo sido no acompaña; podemos añorarlo pero no es lo mismo evocación que presencia. Disipemos un equívoco frecuente: el

6. A. Machado. *Poesías*. Madrid, Losada, 1995, p. 27.

7. E. Benveniste. *Vocabulario de las instituciones indoeuropeas*. Madrid, Taurus, 1983, p. 68.

8. C. J. Cela. Op. cit., p. 139

acompañamiento no interpreta, ni discurre, toma las cosas tal como se dan, respeta el tiempo del Otro, es oportuno, y escucha silentes mensajes preverbales. Acompañar es “estar-con” es decir un modo situacional de existir.

Pero hemos de distinguir entre “estar acompañado” y “tracer compañía”. Con los hinchas de mi club de futbol configuro un grupo situacional de pertenencia. Ellos “están” acompañándome; pero “hacer compañía” conforma un grupo de referencia como el que hacen los excursionistas al agruparse unos con otros con un propósito utilitario. La pertenencia remite a la posesión de algo o de sí mismo, a disponer de sí y tener una “suidad” extensiva al grupo, a un compromiso, y establece una correlación que, en el caso de la terapéutica, busca reordenar lo perturbado en un nuevo horizonte; la referencia, suerte de dependencia remitente a algo que actúa como contexto, es una relación circunstancial que otorga un papel social.

El acompañamiento, soporte, andadura, escucha, tiene pues una función contextual que la antigua retórica enfatizaba enseñando la gestualidad del discurso. La tarea terapéutica de quien acompaña es estar-conjunto roturando un terreno donde pueda anclarse el soporte, el sosten, el apoyo, el arrimo, el estribo incluso, que ampara, socorre, mantiene, defiende, alimenta. Y en este sentido su carácter servicial es el de fondo sostenedor como lo es el *basso continuo* en una pieza musical barroca.

#### 4. Epílogo

El diálogo platónico se cierra cuando Cármides admite necesitar el ensalmo. “Sin embargo”, le dice a Sócrates quien ha tratado de averiguar si tenía o no *sophròsine*, “no me persuades del todo, pues estoy seguro de tener necesidad del ensalmo y estoy por mi parte decidido a escucharlo todos los días de tu boca hasta que encuentre que es suficiente”. (Cárm. 176 b). El *kalos logos* cuyo propósito era vehicular la búsqueda de la *sophròsine* ocupándose-de-sí termina de común acuerdo con el Otro.

Nuestra reflexión acerca del tenor, esto es de la constitución esencial de la terapéutica, nos ha mostrado que ella se trama siguiendo tres ideas axiales. La primera, la de servicio genera una constelación semántica donde participan conceptos e imágenes referidas a la asistencia, al acompañamiento, a la prestación, junto con aquellos de utilidad, provecho y gratuidad. Si bien estas ideas estaban implícitas en el antiguo vocablo griego, el cristianismo al ubicarlas en el contexto del *agape*, cambió su significación y terapéutica pasó a ser un servicio de índole amorosa y comprometida. El relato acerca del Samaritano socorriendo al viajero asaltado por los ladrones es paradigmático. Este servicio supone una acción física

pero va más allá de ella y la precede conduciendo a ocuparse-de-sí, – segunda idea axial – en un quehacer de ahondamiento y profundización característico de la *sophròsine*, una de cuyas acepciones es aquella de sabiduría. El tener hilo del estambre en el cual se teje la tarea terapéutica, es aquel de curación que, refiriendo a la de vía a seguir para restaurar una salud dañada, remite a las nociones de cuidado y preocupación. Pero no confundamos: curación no es sanación.

Platón no nos dijo si Cármenes curó del dolor de cabeza pero sabemos que la intervención participativa de Sócrates le permitió conocerse mejor. Y aquí nos encontramos con una de las misteriosas paradojas de la terapéutica entendida y ejercida como servicio de amor: el ahondamiento en sí andando un camino con quien acompaña. Este transporte del malestar-esperanzado a un plano concreto, de “lo-vecino” y empírico a otro nivel existencial, introduce sin descuidar la significación en el sentido de lo que acontece. Aquello “que me irrite”, dice Sócrates cuando, al final del diálogo, comprueba que la dialéctica no lo había llevado a ningún resultado explicativo de la *sophròsine*, “es la idea que este ensalmo que aprendí del Tracio y tanto trabajo me dió retenerlo en mi memoria, carezca de valor práctico”. (Cárm. 175 e). Esta no fue, sin embargo, la opinión de Cármenes, es decir del “paciente”. “Por Zeus, Sócrates, no se si soy *sofrón*. ¿Cómo sabré que tengo aquello que no logran caracterizar? Sin embargo no me persuades del todo y estoy seguro de tener necesidad del ensalmo que escucharé todos los días de tu boca hasta que lo encuentres suficiente”. (Cárm. 176 b). El terapeuta puede no reconocer que ha logrado algo, pero el paciente puede vivir lo contrario. El fracaso de la deducción dialéctica no apaga la necesidad de la *therapeia* que más allá de ser un servicio destinado a obtener la curación, es un camino de ahondamiento en la existencia.

*Caminaba, pues, todos los pueblos y aldeas,  
enseñando en las sinagogas,  
proclamando la buena noticia del Reino  
y curando todas las dolencias y enfermedades.*  
(Mat. 9, 35)

### Resumos

*Um dos tópicos centrais da práxis psiquiátrica é o relativo à terapêutica, especialmente quando esta palavra é objeto de usos e abusos, tendo especial importância tratar de estabelecer o mais acuradamente possível seu teor, ou seja, sua constituição firme e estável. Terapêutica, a partir de sua etimologia, designa uma atividade de preocupação e cuidados no contexto do amor e na manutenção de um determinado ordenamento. O mal-estar esperançoso, a demanda e a*

*aceitação, fazem dela uma tarefa compartilhada. Pode-se nela distinguir dois momentos estruturais: um constitutivo, com busca de significações compartilhadas entre terapeuta e paciente e, outro, operativo, com o salmo, o fármaco e o acompanhamento.*

*O salmo evoca a proteção amorosa que não atua no somático e, sim, ao nível interpessoal afetado pelo dano.*

*O pharmakon abarca não menos do que quatro significações: droga, tintura, escritura e objeto numinoso. Como droga, podemos notar suas virtudes ambivalentes: se, por um lado, pode lutar contra o mal em favor da vida, por outro, pode também provocar a morte. Como tintura, modifica a aparência, fazendo com que uma coisa pareça outra. Como escritura, favorece a lembrança, mas incita o esquecimento. Como objeto numinoso, pharmakos desempenha um papel expiatório.*

*Mas o salmo e a prescrição de um fármaco não são suficientes; para que a terapêutica seja eficaz, faz-se necessário um acompanhamento.*

*São estes, pois, os eixos em torno dos quais se estrutura a terapêutica, fazendo dela mais do que um serviço destinado à cura, um caminho acompanhado de aprofundamento da existência.*

*One of the most important aspects of psychiatric praxis concerns therapeutics. This is so mainly because the term is not only used but also abused, becoming thus extremely important to try to establish, as accurately as possible, its content, that is, its stable and firm constitution. Etimologically, therapeutics constitutes an activity of concern and care in a context of love as well as an activity destined to maintain a certain order. Hopeful discontent, demand and acceptance make it a task to be shared. It manifests two structural moments: a constitutive moment which entails a search for significations shared by both patient and therapist, and an operative moment which entails the psalm, pharmakon and accompaniment.*

*The psalm evokes loving protection which does not operate on the somatic level but, on the interpersonal level affected by the harm.*

*The pharmakon comprises at least four different meanings: drug, tincture, script and numinous object. As drug, we could point out its ambivalent virtues: if, on the one hand, it can struggle against ailments in favor of life, on the other, it may also provoke death. As a tincture, it modifies appearance, making one thing seem another. As script it enhances remembrance, but it can also lead to forgetting. As numinous object, pharmakos plays an expiatory role.*

*But the psalm and the prescription of a pharmakon are not sufficient : therapeutics requires accompaniment to become effective.*

*These are, then, the axes around which therapeutics is structured, transforming it not only in a service destined to cure but also a path accompanied by a possibility of adding more depth to existence.*